

CARTELERA: PASEOS, TOROS, CINE Y FIESTAS EN EL MÉXICO DE 1911 A 1915

Guadalupe Ríos De La Torre *

EL ESCENARIO CAPITALINO

La Ciudad de México fue testigo durante la década los años de 1910 a 1920 de diversos y profundos cambios sociales, políticos y económicos y, a pesar de no haber sido escenario de grandes acontecimientos militares,¹ la lucha alcanzó y el cambio se desencadenó con el movimiento armado que penetró las costumbres y formas de vida imperante de sus habitantes. La capital fue la sede de poderes de la Federación y tuvo una significación política simbólica. Ocuparla fue la meta que se planteó el movimiento revolucionario del siglo xx: llegar a ella constituía la confirmación del poder, al mismo tiempo que en el momento de tránsito entre la lucha armada y la nueva era que se anunciaba en los

planes y proclamas. Por ello, la lucha dejó una profunda huella en sus habitantes, entre otras razones porque la capital fue el centro de las disputas faccionales durante los años más severos de la guerra.

A lo largo de un cuatrienio, de 1911 a 1915, la Ciudad de México había estado bajo la defensa de cuatro gobiernos: el del general Porfirio Díaz, quien renunció a la presidencia en mayo de 1911; el gobierno interino de Francisco León de la Barra, que duraría de mayo a noviembre de 1911, mandato que tuvo como objetivo llevar a cabo la pacificación del país y realizar las elecciones extraordinarias; el de Francisco I. Madero, designado por la voluntad popular, quien debía gobernar hasta el año de 1916, ya que tenía que completar el periodo que dejó inconcluso Díaz, pero fue interrumpido por el golpe de Estado de los militares en febrero de 1913, Victoriano Huerta asumió el poder, cubriendo las formalidades legales: la Cámara de Diputados aceptó las renunciaciones de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez. Asimismo tomó la protesta de Pedro Lascuráin como secretario de Relaciones Exteriores, y estuvo de acuerdo con su renuncia y con el

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

¹ Respecto de la participación de la gente en la Revolución mexicana de 1910 y 1911, es preciso insistir en que fue, principalmente una Revolución rural. Cfr. Javier Garcíaadiego, "El Estado moderno y la Revolución Mexicana (1910-1920)" en *Evolución del Estado Mexicano, reestructuración 1910-1940*, t. II, pp. 22-23.

consiguiente ascenso de Victoriano Huerta a la presidencia a partir de esa fecha hasta julio de 1914. A su renuncia, la metrópoli fue escenario de sucesivas ocupaciones por grupos revolucionarios: los constitucionalistas y los convencionistas. Así, los habitantes de la ciudad más importante de la República continuaron, por algunos años más, viviendo en condiciones de miseria y zozobra, resultado de la revuelta de 1910.

La Ciudad de México fue, por otra parte, el ámbito en el que adquirieron significación las primeras organizaciones políticas, formadas para demandar los espacios de participación ciudadana y donde pudo sobrevivir, a pesar de la represión, la prensa opositora.² Durante los últimos años de la primera década del siglo xx la urbe presenció y participó en actividades antes desconocidas, como fueron los mítines y las convenciones de partidos, organizadas no solamente por la corriente opositora sino por los propios porfiristas, que empezaron a utilizar las novedosas modalidades de actividades políticas introducidas por quienes trabajaron a favor de la democracia.

La vieja capital porfirista modificó esencialmente el ritmo de su vida cotidiana, durante el movimiento de las tropas, aunque empezaban a cobrar relieve algunas expresiones novedosas que procedían de

las capas medias y del pueblo, antes ocultas por el predominio de la élite. Como resultado de la apertura que puso en práctica la Revolución triunfante, durante los meses de interinato y en el transcurso del régimen maderista, proliferaron las huelgas y se incrementó la actividad de agrupaciones políticas. Se lanzaron a las calles los miembros de la clase trabajadora y algunas mujeres en busca de la protección de derechos sindicales. Por primera vez, hombres y mujeres como el barrendero, el obrero de la fábrica, los empleados de las salas de espectáculos y hasta damas trabajadoras, artistas y algunas mujeres ricas formaban clubes políticos para legitimar socialmente petición en los ámbitos laboral y civil.³

No cabe duda de que el nuevo orden político incidía en el rumbo de lo privado. Incuestionable la apertura del gobierno maderista favoreció, en muchos sentidos, la expresión de la vida ciudadana. Esto significó, que aunque lento, se dio un cambio en la vida cotidiana de sus habitantes. Los elementos de transformación, que apuntaban hacia nuevos rumbos, ya estaban presentes desde entonces y los intentos del huertismo para detenerlos fue lo que obraron como un detonador.

La primera confrontación de la lucha armada revolucionaria que presenciaron los moradores de la capital fue la Decena Trágica, ocurrida del 13 al 23 de febrero de 1913. Hasta entonces, la mayoría había conocido la Revolución por las imágenes provenientes de la prensa, las anécdotas, las postales y el cine.⁴ Ahora, al volverse

² El Comité Organizador del Partido Democrático (1908), El Nacionalista Democrático (1909) y el Centro Antirreeleccionista de México (1910), tuvieron su sede en la metrópoli y este último coordinó desde aquí la campaña de alcance nacional que culminó con la designación de Francisco I. Madero y Francisco Vázquez Gómez como candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la República, respectivamente, para contener contra la fórmula reeleccionista que postulaba a Porfirio Díaz y a Ramón Corral.

³ Véase Jorge Vera Estañol, *La Revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, pp. 156-162.

⁴ Sobre los acontecimientos de la Decena Trágica véase: *Novedades, La Ilustración Mexicana*.

una realidad cercana, los habitantes de la ciudad comenzaron a sufrir las angustias de la guerra. De espectadores distantes se transformaron en testigos azorados de la destrucción de los edificios públicos y privados, así como de algunos monumentos cercanos a la Ciudadela.

Soportar los lamentos de las víctimas en la lucha, a quienes tuvieron que socorrer, constituyó parte de una experiencia insólita y dramática en la que los capitalinos se vieron forzados a participar para evitar las pestes o enfermedades. Tales sucesos, en fin anunciaron un nuevo periodo que trastocaría aún más la existencia diaria de los residentes de la capital como consecuencia de la guerra civil.

En el aspecto económico, la errática creación de impuestos dio como resultado un creciente descontento entre los capitalinos. Se gravaron la leche, el tabaco, las bebidas alcohólicas, las propiedades, por citar algunas.⁵

Esta situación provocó el desplome de la economía, principalmente por las fugas de capitales al exterior, la suspensión del servicio de la deuda, la devaluación del peso y el cierre de bancos. Esa crisis en la ciudad no se parecía a las que se habían conocido en otras épocas, las cuales eran

resultado de catástrofes agrícolas. Ésta era más una cuestión de hegemonía que de economía. El origen de los problemas era político: se jugaba la ciudad para decidir la Revolución, aunque sus efectos visibles fueran económicos: escasez, carestía, desorden monetario.⁶

De esta manera, la amenaza, la escasez y el aumento de los precios fue una constante para los capitalinos. Los comerciantes y los almacenistas se enriquecieron con el acaparamiento de alimentos, que almaceñaban en grandes bodegas. Al mismo tiempo, la producción industrial se contraía cada vez más por las irregularidades del abastecimiento de las materias primas; las fábricas comenzaron a reducir la jornada de trabajo y los salarios.⁷ La situación que imperaba generó cambios en la organización de la vida diaria del ciudadano de la metrópoli para poder sobrevivir.

Esos años fueron cruciales para el país debido al aislamiento del extranjero y de las regiones nacionales entre sí, y de la invasión constante y sucesiva de la capital por los ejércitos revolucionarios. También fueron años de hambre, años de desplazamiento de la producción de abasto, el más

Véase Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México 1896-1930. Vivir de sueños*, p. 127.

⁵ Aumentaron de una manera desorbitante los precios de la leche, la carne, el pan, el maíz, el arroz y el carbón. Sin embargo, la necesidad que tenían los habitantes de adquirir los productos a cualquier precio rebasó el control del gobierno. Los decretos emitidos fueron burlados, a pesar de multas y castigos que dictaba el gobierno al comercio. "Reducción de precios" en *El Monitor*, año 4, t. II, México, diciembre de 1914, pp. 5 y 7.

⁶ Cfr. Alejandra Moreno Toscano, "México" en R. Morse (coordinador) *Las ciudades latino-americanas*, *Desarrollo Histórico*, t. 2, pp. 123-124.

⁷ Para una ciudad que hacia 1910 se acercaba a los 500 mil habitantes, y que seguramente vio incrementada su población por hombres, mujeres y niños que huían de la contienda bélica, el ir y venir de los ejércitos significó una presión extra sobre los recursos alimentarios disponibles. Cfr. Ariel Rodríguez Kuri, "Desabasto, hambre y respuesta política, 1915" en Carlos Martínez Assad (coordinador), *Instituciones y ciudad. Ocho estudios históricos sobre la ciudad de México*, pp. 145-146.

cabal indicador de que el vendaval destructivo de la Revolución había tocado fondo.

En la ciudad cundía la escasez, la carestía, la falta de transporte y, por tanto, la paralización de las fuentes de trabajo repercutían en el desempleo, afloraba la vagancia, la prostitución, la delincuencia y la inseguridad total. Esta situación era resultado del poco control que podían ejercer las autoridades revolucionarias para regular la vida de los metropolitanos.

CARTELERA

El desquiciamiento de la vida económica y militar que acarreó la Revolución rompió con las actividades sociales de los metropolitanos. Las fiestas, diversiones y paseos acostumbrados en "la época del progreso y la paz" se vieron alterados. Sobre todo en los años de 1914 a 1915 fueron momentos poco gratos para los habitantes de la ciudad, y mucho menos para recurrir a los paseos tradicionales como el Paseo de la Reforma, construido por el emperador Maximiliano pero terminado durante el gobierno de Porfirio Díaz. Era costumbre de las más notables familias recorrerlo por las tardes en caballo o en carruaje, pero con el tiempo se hizo frecuente que las damas caminaran por la calzada y tomaran refrescos (agua de limón, jamaica y horchata). También el paseo por Chapultepec, que contaba con una pista para el tránsito de carruajes, bellos jardines, cisternas con agua brotante, una colección de animales y a partir de 1902, un lago artificial en el que se podía remar. La Alameda quedó destinada a las clases medias, que asistían a ella los domingos, y mientras los adultos alquilaban sillas para oír las bandas, los jóvenes paseaban y los niños gozaban en los

volantines de caballos o en los carros tirados por chivos.⁸ A los grupos populares les estuvo reservado el Zócalo, Bucareli, La Viga, paseo con canales y embarcaciones, actividades que con el paso de tiempo y con la urbanización desaparecieron.⁹

Los espacios públicos también fueron escenario de festividades. Diverso trato se les confirió a las fiestas religiosas y a las cívicas, pues las autoridades se esforzaron por suprimir las primeras, que fueron vistas como sinónimo de atraso o como una invitación al caos por las autoridades.

Muy diferente fue la actitud del gobierno ante las conmemoraciones cívicas, que servían para difundir la visión de la historia y exaltar la nacionalidad que trajo la formación de la nación y el triunfo de la Revolución.

Sin embargo, la inseguridad, y la falta de transporte público no imposibilitaron el que los habitantes siguieran frecuentando algunos de esos sitios de recreo. Pero la revuelta propició otras diversiones para disfrute de los capitalinos, como ver desfilar por las principales avenidas la llegada de los ejércitos triunfantes.

Después de un largo tiempo de lucha y de dolor, los habitantes de la ciudad se

⁸ Nadia Ugalde, *Diego Rivera. La estética de un sueño*, pp. 14-15.

⁹ Modernizar una ciudad en concordancia con la propuesta formulada durante el siglo XVII, soñaban con urbes que debían presentar las siguientes características: en primer lugar, ser confortables y ordenadas, es decir simétricas, con calles rectas que desplazaran a los callejones retorcidos y estrechos propios de algunas villas coloniales, con amplias avenidas de acuerdo con lo que dictaba la arquitectura de la ciudad de París. Véase Vicente Martín Hernández, *Arquitectura doméstica de la ciudad de México, (1890-1925)*, p. 25.

preparaban para recibir la Convención que contribuía a hacer renacer la paz en la capital y en toda la República.¹⁰

A raíz de la entrada de las diferentes facciones revolucionarias, los habitantes de la Ciudad de México pudieron trasladarse rumbo a la villa de Tacuba a ver el espectáculo que ofrecía el arribo de la División del Norte, al mando del general Francisco Villa, que se encontraba acampando en esa localidad a la espera de la orden de movilización hacia la capital. El aspecto que presentaba, informaban los diarios, era por demás pintoresco. Gran parte de los capitalinos sintió curiosidad de ir hasta allí:

La población metropolitana se trasladó a pie, en tranvías o en coches a dicho sitio, con objeto de presenciar cómo llegaban los trenes atestados del Norte, se diseminan por todo el llano. Las tiendas de campaña y las innumerables fogatas de noche dan un espectáculo que pocas veces habían presenciado los capitalinos.¹¹

Visitar el Zócalo fue un paseo acostumbrado por los capitalinos pero ahora la Plaza fue lugar para buscar y enterarse de las noticias y de los acontecimientos políticos que vivió el país.

El 6 de diciembre de 1914, día en que las tropas de la Convención entraron a la ciudad, fue una fiesta para los capitalinos; la multitud asistió al desfile militar a esperar la entrada de Francisco Villa y Emiliano

Zapata, y por supuesto del gobierno de los Convencionistas, a quienes aclamó con entusiasmo.

Para los capitalinos que buscaban diversión nocturna no sólo estaban atentos a establecimientos fijos, como los cafés cantantes *La voz de México*, *La flor de orquídea* que eran salones grandes de techo bajo, con luz tenue, mesas y sillas, donde se escuchaba música y se bailaba. O bien existía una amplia oferta de recintos que contaban con una pequeña pista de baile, en ocasiones amenizados con música de piano, se hicieron famosos: el salón Degollado, Bucareli, La Alhambra y Cuauhtemotzín, salón que por cierto producía con frecuencia numerosos escándalos, de los que los vecinos se quejaban:

Algunos vecinos de las calles de Cuauhtemotzín van a dirigir una carta a las autoridades con el fin de que ordenen la suspensión de los bailes públicos que han establecido en aquellos rumbos. Los vecinos se quejan por los continuos escándalos que se suscitan a diario, muchos de los cuales, por no decir todos, terminan a balazos entre policías y los soldados que concurren a dichas diversiones públicas.¹²

A esta bohemia mexicana asistían clases privilegiadas y grupos medios, entre los que destacaban literatos como Federico Gamboa, el compositor Abundio Martínez y el joven José Vasconcelos.¹³

¹⁰ "La paz renace en la República", en *Cosmos*, t. VI, núm. 31, México, septiembre de 1914, p. 770.

¹¹ "Arribo de la División del Norte", en *Revista de Artes y Letras*, t. I, núm. 42, México, 5 de diciembre de 1914, p. 28.

¹² "Queja de los vecinos de las calles de Cuauhtemotzín", en *El Sol. Diario Libre*, núm. 21, México, 11 de diciembre de 1914, p. 4.

¹³ Véase Federico Gamboa, *Santa (passim.)* José Vasconcelos, *Ulises criollo*, pp. 123-124.

Mientras tanto se representaban actividades que todos los pobladores disfrutaban sin distinción de clase social, como las bandas de música que seguían tocando en las plazas:

“hoy en el Zócalo las bandas de Policía y Artillería tocan durante las fiestas de caridad que se han organizado para repartir ropa y juguetes a los niños pobres”.¹⁴

La fiesta brava en especial, siguió siendo una de las distracciones favoritas de muchos capitalinos. También en las corridas de toros convivían diferentes sectores sociales, aunque en espacios separados, pues eran mucho más costosas las localidades para los sitios de sombra.

Se pensaba, que esta diversión excitaba una serie de perversos instintos del público y lo hacían alegrarse con la muerte del animal y con los peligros y daños a la salud del torero. Causa por lo que al inicio de la era porfiriana el espectáculo fue prohibido en el Distrito Federal y en algunos estados, como Zacatecas y Veracruz, aunque los aficionados asistían a las que se celebraban en los alrededores. En el año de 1888 se levantó la prohibición, pero el festejo se frenó a estrictas leyes.¹⁵ Poco a poco fueron surgiendo toreros mexicanos —pues los primeros habían sido españoles—, consolidándose figuras como los famosos Ponciano Díaz y Rodolfo Gaona.¹⁶

¹⁴ “Fiestas de la caridad”, en *El País*, año X, núm. 4494, México, 4 de enero de 1914, p. 4.

¹⁵ Véase el “Reglamento taurino de 1887”, artículo 54.

¹⁶ Véase los grabados de José Guadalupe Posada: Ponciano Díaz y Rodolfo Gaona, en Fondo Editorial de la Plástica, *op. cit.*, pp. 45 y 48.

A pesar, de la situación del país las autoridades permitieron corridas especiales de los tranvías que llevarían a los aficionados a la plaza de toros en los siguientes puntos de la capital:

Se pondrán trenes especiales que partirán de la Plaza de Armas desde las 2 de la tarde, cada media hora, hasta las 5 de la tarde, siguiendo la ruta del 16 de Septiembre. De la Plaza de toros, regresarán cada media hora, desde las 2.30 siendo el último viaje a las 6. El pasaje en estos trenes que llevarán el letrero de *Toros* es completamente gratis.¹⁷

La demanda fue tan grande que las autoridades del Distrito Federal se vieron obligadas a reformar el decreto expedido el 3 de diciembre de 1914 para sancionar a los reventadores. El costo de los boletos para el espectáculo taurino era sombra 5 pesos, sol 1.70 pesos y segundo piso de sombra 2.50 pesos.

La antigua tradición de importar el espectáculo de España se modificó. Durante el gobierno de la Convención en la Ciudad de México, la presencia y la influencia que ejerció Francisco Villa en el norte del país posibilitó que se trajeran matadores regiomontanos.¹⁸ Así fue que tanto el toro como el torero fueron mexicanos.

Hacia finales del siglo XIX también llegó el cine, primero a la Ciudad de México y después a otras urbes. En 1896 iniciaron las funciones, a cargo de concesionarios de los hermanos Lumière. Como en sus

¹⁷ “Toros”, en *El País*, año X, núm. 4496, México, 6 de enero de 1914, p. 8.

¹⁸ “Toros regiomontanos”, en *El Monitor Republicano*, t. II, núm. 5, México, 8 de junio de 1915, p. 3. Las corridas de toros eran muy populares y las disfrutaban Francisco Villa y sus muchachos. Cfr. John Reed, *México insurgente*, p. 37.

inicios, se ofrecía en locales con cabida para alrededor de 30 espectadores; inicialmente el precio fue inaccesible para muchos, pero con el tiempo el número de cinematógrafos aumentó y el precio de entrada se redujo a la mitad. Además, sobre todo en el centro y con los problemas de la revuelta, empresarios ambulantes comenzaron a recorrer el país con su proyecto para presentar funciones o vistas en carpas, siendo muy bien acogidas por el público pues estaba ávido de seguir gozando del espectáculo.

El cine se adueñaba del gusto de los habitantes de la gran metrópoli. Sinónimo del soñado progreso, el cine fue un síntoma revelador de que México dejaba atrás el pasado. Durante la estancia del gobierno Convencionista en la ciudad se abrieron nuevos cines: El Wilton y el Lux en la colonia San Rafael; El Buen Tono en la Doctores, y el cine Lerdo, con una capacidad para dos mil espectadores, en la colonia Santa María la Ribera.¹⁹ Se comentaba el éxito y la popularidad que había alcanzado el cine en el país y en especial en la capital:

El cinematógrafo impresiona al espectador. Ejerce igual fascinación sobre el niño que sobre el anciano, y atrae con igual fuerza al hombre culto y al obrero. Emplea el lenguaje mímico que se comprende en todo el universo y los gestos del cómico que son aplaudidos en cualquier teatro de nuestra capital.²⁰

¹⁹ Cfr. Aurelio de los Reyes, *Los orígenes del cine mexicano (1896-1900)*, p. 163. (Lecturas Mexicanas, 61)

²⁰ "Éxito del cinematógrafo", en *Cosmos*, año VI, t. III, núm. 31, México, septiembre de 1914, p. 839.

Debido a los acontecimientos de la Revolución, el público que gustaba de dicho espectáculo no había podido gozar de novedades cinematográficas, y se conformaba con una diversión muy poco variada. La revista *Cosmos* comentaba que: "La falta de películas novedosas ha hecho que los espectadores cinematográficos carezcan de interés en estos últimos días".²¹ El Salón Rojo y el cine Palacio, por su parte, continuaron atrayendo al público y fueron los lugares predilectos de la buena sociedad.

Pero la gente exigía a los empresarios un poco de atención respecto del acompañamiento musical que acostumbraba escuchar con las secuencias de la exhibición de las vistas:

A menudo ocurre que el pianista encargado de esa labor, fastidia a los espectadores con la repetición hasta el cansancio de un mismo número; otras veces parece que se duermen y tocan sin darse cuenta de lo que hacen, y las más ocasiones eligen trozos musicales extremadamente inadecuados a la película.

Otros se quejaban por la falta de armonía de las piezas musicales con relación a las escenas que se exhibían:

Cosa bien disparatada es por ejemplo ver en la pantalla una escena de dolor, una madre angustiada junto a la cama de un niño moribundo, y oír al propio tiempo cómo el pianista aporrea en el teclado de mala manera una jota. Otras veces en la pantalla aparece una escena

²¹ "Falta de películas", en *Ibidem*, p. 918.

de baile y el pianista nos regala con un nocturno.²²

El cine siguió cumpliendo con su función moralizante y, por tanto, las damas y niños pudieron seguir asistiendo a tan moderno entretenimiento sin ninguna recriminación. En gran parte a esto debe su éxito el espectáculo. La censura comentaba al respecto:

El éxito obtenido a la labor de los escritores permite en los empresarios ofrecer al público asuntos literarios de mérito. Debemos decir honradamente que aplaudimos el entusiasmo literario, pero deseáramos que las obras que se hacen en el cine fueran más apropiadas para ser vistas por las familias de buena sociedad.

Además los moralistas desaconsejaban ciertas cuestiones:

No comprendemos por qué se han de tomar como temas únicamente las inacabables intrigas de adulterios y desvergüenzas, ni tampoco aceptamos que se borden argumentos con hazañas de rateros y policías.²³

El cinematógrafo llegó a todos los niveles, al igual que las salas de exhibición se propagaron por toda la capital, como fue el elegante y coqueto Salón Casino, ubicado en la quinta calle de la populosa colonia Guerrero:

El Salón Casino abre sus puertas todas las noches y en él es donde por un precio insignificante se disfruta del mejor espectáculo cinematográfico y se pasan horas que dejan en el ánimo impresión muy grata y en la mente muy útil enseñanza. Con argumentos que ilustran y recrean se une la presentación de los últimos adelantos de la fotografía tanto claro oscuro como en el colorido, hasta hacer figurar a un mismo actor con distintos papeles en una misma escena, efecto prodigioso [...].²⁴

En el discurso de los moralistas respecto de esta diversión se hacía hincapié en que debía ser familiar. Las señoras y los niños eran los que más concurrían a las salas de proyecciones y por esta razón se debían cuidar los temas de las vistas.

El control de Venustiano Carranza sobre el puerto de Veracruz fue un obstáculo para que los capitalinos gozaran de películas europeas. Se notaba una inclinación del público por los filmes que relataran los sucesos de la primera guerra mundial.²⁵ El documental de la Revolución continuó al servicio de la facción en el poder.²⁶

Fue innegable que el cinematógrafo cumplió, durante los años difíciles que vivieron los capitalinos, con su función de llevar diversión e información sobre los acontecimientos nacionales e internacionales, y se convirtió, según se afirmaba, en el rival del teatro.

En lo que se refiere al teatro y a la música, no todos los grupos sociales tuvieron

²² "Música como acompañamiento en el cine", en *Ibidem*, año VI, t. VI, núm. 35, México, noviembre de 1917, p. 1287.

²³ "Evolución del cine. Novedades que llegan a México", en *Ibidem*., p. 1286.

²⁴ "Salón Casino", en *Novedades*, año III, núm. 122, México, 16 de noviembre de 1914, p. 4.

²⁵ De los Reyes, *Los orígenes del...*, op. cit., p. 167.

²⁶ *Loc. cit.*

acceso a los mismos locales ni prefirieron las mismas diversiones. Las clases altas gustaron de la ópera, con artistas tan renombradas como Ángela Peralta, Adelina Patti, por mencionar algunas, de la música y del ballet clásicos. Las clases medias eligieron el teatro, que contó con actrices mexicanas de la altura de Virginia Fábregas, Mimi Derba, y de la extranjera Sara Bernhardt.

El público podía seguir asistiendo a teatros, seguro de que gozaría de garantías, sobre todo en enero de 1915, cuando el general Roque González Garza, presidente provisional de la República decretó en la capital la ley marcial por el bien de la tranquilidad pública.

A los habitantes del Distrito Federal se les dio a conocer esta proclama:

1a. Se proclama la ley marcial, y por tanto, será pasado por las armas todo aquel que por cualquier motivo altere el orden público, cometa cualquier delito, porte armas o atente contra la propiedad.

2a. Se prohíben las reuniones y las manifestaciones públicas, en la inteligencia de que las autoridades las disolverán empleando para ello la fuerza, si fuera necesario.

3a. Todos los generales, jefes y oficiales del Ejército Convencionista y sus fuerzas, así como las autoridades civiles y empleados públicos que se encuentren dentro de la jurisdicción del Distrito Federal, deberán acatar las órdenes del Presidente de la Soberana Convención Revolucionaria.²⁷

²⁷ "Ley Marcial", México, Distrito Federal, 16 de enero de 1915.

Vito Alessio Robles, entonces, gobernador del Distrito Federal, manifestó que se hiciera saber a la ciudadanía que se daría una serie de garantías, para lo cual se había dispuesto que numerosas fuerzas patrullaran la ciudad. Además, las autoridades advertían a los capitalinos que, aunque estaba dictada la ley marcial, ésta no les prohibía circular por las calles durante la noche; que los habitantes de la ciudad podían concurrir con toda confianza a los teatros y a todos los centros de recreo, siempre que guardaran compostura, y que solo se procedería contra aquellas personas que alteren el orden público.²⁸

Desvanecidas las dudas y los miedos, los capitalinos siguieron asistiendo al espectáculo teatral en los diferentes horarios: por la tarde a las 4:00 y por la noche a las 8:30 y 9.00 horas.

Tanto al Teatro Principal como al Teatro Lírico asistía un público que buscaba las obras de contenido político, con crítica sagaz e irreverente, de corte jocoso y candente sobre la situación o contra algún hombre público, en los cuales los actores lograban la participación del espectador.²⁹ En este contexto destacó la actriz Guadalupe Rivas Cacho, con las obras *El pájaro azul*, *Frivolidades*, *El país de la alegría*, *Don Juan Huarache*, *El calendario del año*, así como la famosa *Chin-Chun-Chan*, de José F. Elizondo con música de Luis G. Jordán, la cual se estrenó en 1904.³⁰

²⁸ "El público puede asistir a teatros y reuniones", en *El Sol*, núm.154, México, Distrito Federal, 16 de enero de 1915, p. 1.

²⁹ Susan E. Bryan, "Teatro popular y sociedad", en *Cultura, ideas y mentalidades*, p. 189. (Colección de Historia Mexicana).

³⁰ Los periódicos comentaban la belleza de la actriz y el triunfo de la diva y de la obra. Véanse

Estos eran los precios de los teatros Alcázar, Ideal, Mexican, Díaz de León y El Principal.

Platea y Palcos los intercolumnios con seis entradas, siete pesos; luneta y anfiteatro, un peso; numerados de segunda, cuarenta centavos; eventual de segunda clase treinta centavos; numerados de galería veinticinco centavos y galería diez centavos.³¹

En estas salas la sociedad mexicana reconoció y alabó una tranquila interpretación de los acontecimientos históricos que se desarrollaban en el país. La estratificación social del momento se reflejó en los costos del espectáculo y en la distribución de lunetas, palcos, galerías o cazuelas. Parece ser que a mayor lujo de acabados y despliegue arquitectónico correspondió una mayor consolidación social.

No puede dejar de mencionarse a la cantante española María Conesa, conocida como *La Gatita Blanca*, artista preferida por el público y una de las más admiradas en el género chico del teatro frívolo. Se comentaba al respecto: "el público del teatro Colón asistió para ver una vez más a la gentil María Conesa."³² Alternando con ella estaba Esperanza Iris, ambas como tiples, al compás de una opereta o una zarzuela, entonando cuplés, tonadillas y canciones mexicanas, sin faltar los bailes de moda, "can-can" o el "walk". Las obras que se representaban en los teatros Arbreu, María

Guerrero³³ y Renacimiento fueron *La onda fría*, *Héroe del día*, *Club de solteras*, *Como en la vida*, *Como las aves* y *Rosario de Amozoc*.³⁴

El fermento de las nuevas ideas que se estaban gestando en Europa no llegó ni interesó a un México involucrado, en ese momento histórico, en la reafirmación de sus valores nacionales. Sin embargo, surgieron obras orientadas a la discusión e interpretación de las nuevas tendencias sociales surgidas con la Revolución, como la titulada: *Lágrimas, sangre y libertad*, que se presentó el 12 de enero de 1915 en el teatro Hidalgo. De la cual, los especialistas comentaron acerca del argumento:

Los autores dedican la obra a los que han muerto durante la lucha, para que el recuerdo de estos luchadores indique al pueblo la senda del deber, la miseria a que estuvo sujeta la clase proletaria hasta que ésta sacudió el ignominioso yugo tomando las armas rebeldes.³⁵

Aseguraban los diarios que el drama zapatista había sido un éxito. En abierto contraste con la tradición y las costumbres del momento estaba el Teatro Welton, y el tipo de variedad que se presentaba ahí

³³ El María Guerrero se consideró un teatro que representó obra obscena y calificada para hombres solos. *Archivo Histórico del Ex Ayuntamiento*, Diversiones Públicas, Distrito Federal, legajo 12, año 1912,

³⁴ Cfr. Antonio Magaña, *Los teatros en la ciudad de México*, pp. 48-60; Martha Ordaz, et al., "Primera, segunda y tercera llamada" en Carmen Ramos (coordinador) *Las mujeres de la Revolución Mexicana*, pp. 103-104. Cfr. Giovanna Recchia, *Teatros de México*, pp. 61-63.

³⁵ "Lágrima, sangre y... en *El Sol*, núm. 149, México, 13 de enero de 1915, p. 5.

los siguientes diarios de 1904: *Churubusco*, *El disloque* y *Nosotros*.

³¹ Los precios corresponden al año de 1915.

³² Cfr. *El Sol Libre*, núm. 126, México, 26 de enero de 1916, p. 4.

era de bailarinas que se desvestían ante el público masculino, que en su mayoría se dirigía con los más soeces insultos a las mujeres que se presentaban a exhibir sus trasnochadas desnudeces. La moral pública, ruborizada de tan impúdico espectáculo, exigió al gobernador de la ciudad de México, el 26 de enero de 1915, que realizara la clausura del teatro:

Señor Gobernador, a usted nos dirigimos porque tenemos plena seguridad de que atenderá nuestro ruego. Por la sociedad, que merece toda clase de respeto y consideraciones, haga usted que vuelva de su acuerdo el H. Ayuntamiento y no permita ni un día más las representaciones del Teatro Welton. Ordene su clausura hoy mismo. La sociedad se lo agradecemos.³⁶

En algunas diversiones convivieron variados grupos sociales, como en el circo, las presentaciones aerostáticas. Existieron muchos circos, tanto fijos como ambulantes. Uno de los más importantes fue la compañía norteamericana de los hermanos Orrin, que arribó a la Ciudad de México en 1878, mismo que contó con un local establecido. En las funciones de circo se presentaban contorsionistas, payasos, trapeceistas acróbatas y los animales amaestrados, sin faltar fenómenos como la mujer serpiente, que cargaba en sus trenzas el peso de dos cobras.³⁷

Otro pasatiempo clásico de la época fue la demostración aerostática. Las ascensiones en globo, comunes a diversas poblaciones,

³⁶ "Hay que cegar las charcas", en *El Sol*, núm. 162, México, 26 de enero de 1915, p. 1.

³⁷ Véanse los grabados sobre el circo de la casa editorial de Antonio Vanegas Arroyo y de

casi siempre se realizaron dentro de los circos.³⁸ Con el tiempo los artefactos sirvieron para la publicidad de algunos artículos como la de los cigarros "El Buen Tono".

Los deportes fueron considerados como una sana y moral forma de pasar el tiempo libre, además, en esta época como antaño se introdujo la idea de que practicar el ejercicio ayudaba a preservar la mente y la buena salud. Se hizo muy popular el patinaje sobre ruedas, que se practicaba en pistas decoradas con motivos invernales, que cobraban la entrada y el alquiler de los patines.³⁹

Como han dicho ciertos autores, la prensa fue una de las armas de la Revolución, cuya efervescencia da cuenta de una sociedad inserta en una intensa lucha, en la que los miembros eran protagonistas, o bien espectadores comprometidos o indiferentes de un proceso transformativo que irremediablemente vivían y, por ello, eran autores vivenciales de ésta.

A lo largo del siglo XIX las elites mexicanas adoptaron espacios modernos de convivencia y sociabilidad, como las asociaciones y los clubes. En las principales capitales se crearon sociedades cuyos miembros se reunían periódicamente para comentar trabajos científicos o literarios.

algunos grabados de José Guadalupe Posada de los años de 1913, en José Guadalupe Posada. *Ilustrador de la vida mexicana*, pp. 238-245.

³⁸ El aeronauta mexicano más famoso fue Joaquín de la Cantilla y Rico, quien diseñó y construyó sus propios aerostatos. Véase Guadalupe Ríos de la Torre, *José Guadalupe Posada grabador*, tesis licenciatura en historia. México, UNAM, 1980.

³⁹ "Anuncio hoy abre sus puertas la pista de patinaje sobre rueda Hermanos González", *El Sol Libre*, México, 14 de febrero de 1915, p. 8.

Por su parte la burguesía capitalina, a pesar de la situación que enfrentaba el país, y en especial la Ciudad de México, continuó concurriendo al Club de Polo, al Centro Asturiano, al Orfeón y, cuando las circunstancias se lo permitían, continuaba con su vida anterior llena de placeres, diversiones y juegos deportivos. La gente de la elite asistía a los torneos de tenis, polo y otros. Parecía que los trastornos ocasionados por los sucesos de 1910 no les afectaban en nada, pues seguían celebrando banquetes de bodas, bautizos, cumpleaños, paseo de campo, reuniones de té para las damas que seguían preocupadas de lo que dictaba la moda europea, el vestido, cómo servir el té y una serie de frivolidades que era asunto esencial para ellas. La primera guerra mundial y sus estragos imposibilitaron la proliferación y edición de revistas ilustradas y frenaron la comunicación y la llegada de artículos europeos al México revolucionario, esenciales para la sociedad burguesa. Esas actividades aparecieron retratadas en la sección de sociales en los siguientes diarios: *Cosmos* se le considera “como el primer magazine que se publicó en México”.⁴⁰ *El Mundo Ilustrado* fue dirigido por el licenciado Ernesto Chavero. Se publicaba semanalmente y se trataba de una revista miscelánea bellamente ilustrada.⁴¹ Del mismo tipo de la anterior era el semanario ilustrado *Arte y Letras*, dirigido por el mismo Chavero, cuyo presidente era el licenciado José Luis Requena, el gerente Manuel J. Palacios y jefe de Redacción Luís Larrodier,⁴² *El Heraldo del Hogar* era una revista

quincenal para las familias. Su director Benito Torres. Y si bien la publicación incluyó un número de leyendas, esto se debe a que los escritores mexicanos como Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza abrieron una sección que denominaron *Tradiciones y Leyendas Mexicanas*, en la que ambos creaban leyendas anecdóticas relativas a las calles de la Ciudad de México, acordes con su afán de preservar y difundir la tradición mexicana.⁴³

Cabe mencionar que los que también gozaron en derroche y abundancia de la vida capitalina fueron los altos jerarcas militares y políticos, las grandes figuras de la Revolución. Generales y representantes del gabinete en turno se hospedaron en hoteles de lujo y degustaron los mejores platillos en los restaurantes elegantes de la ciudad, sin llegar a convivir con la aristocracia porfiriana.⁴⁴ Este ambiente lo disfrutó una minoría de la población capitalina durante la época, en la cual se marcó un mundo de grandes contrastes sociales.

En contraposición a tales tensiones y a la inestabilidad reinante, el capitalino buscaba apaciguar la desesperación mediante la religión y, como hemos mencionado, en los espectáculos.

La población capitalina seguía visitando, como cada 12 de diciembre, la Villa de Guadalupe:

Los trenes eléctricos que unían a la metrópoli con la Villa salían de la Plaza de la Constitución desbordantes de pasa-

⁴⁰ Henry Lepidus, *Historia del periodismo mexicano*, pp. 379 a 471.

⁴¹ *Ibidem.*, p. 449.

⁴² Miguel Velasco Valdés, *Historia del periodismo mexicano (Apuntes)*, p. 168.

⁴³ Edelmira Ramírez Leyva, “Los temas olvidados en las leyendas del periodo 1910-1917”, en *Polvos de olvido. Cultura y Revolución*, pp. 90-91.

⁴⁴ Berta Ulloa, *La Constitución de 1917*. (Historia de la Revolución mexicana —1914-1917—, núm. 6).

jeros, por lo que las autoridades decidieron activar las salidas. Los trenes eléctricos no cesan en su tráfico, por lo que cada cuatro o cinco minutos sale un tren compuesto de dos grandes carros.⁴⁵

Parece que esta medida fue insuficiente ya que los trenes estaban llenos y la gente se veía obligada a ir en los estribos de las plataformas, colgados en el exterior del transporte.

Por su parte, las tropas zapatistas aprovecharon su estancia en la capital para acudir en gran peregrinación a la Villa de Guadalupe, y en especial durante el festejo del 12 diciembre de la Virgen del Tepeyac. Al respecto se nos dice:

"La plazoleta de la Villa es una verbena. La muchedumbre se apelmaza, oyese música, agólpense pabellones de lona donde se vende cera, dulces, frutas y se juega lotería".⁴⁶

La situación del erario en los años críticos de la Revolución no permitió al gobierno cubrir con puntualidad los sueldos de sus empleados. Esto se añadía a la falta de recursos que padeció la mayoría de la población y el alza de precios de los siguientes productos:

⁴⁵ "En la Villa de Guadalupe", en *Cosmos*, año VI, t. VI, núm. 37, México, diciembre de 1917, p.1583. Empleados, obreros o comerciantes, por decir algo, encontraron en el sistema de tranvías un medio idóneo, y común en otros sistemas metropolitanos, para vivir en un municipio y trabajar en otro. Cfr. Ariel Kuri, *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912*, pp. 158-162.

⁴⁶ "Hoy se solemniza la festividad de la Virgen india que floreció entre rosas en el ayate de Juan Diego", en *El Monitor*, México, 12 de diciembre de 1914, p. 4.

"el problema del carbón continúa sin solucionarse, la falta de leche y sus derivados, respecto a la alza exorbitante de los precios de la carne, los propietarios de carnicerías continúan haciendo agosto, la azúcar la han escondido los comerciantes, los introductores de maíz no se ponen de acuerdo con el precio, las velas de sebo y parafina han aumentado de precio".⁴⁷

La situación imperante en la capital no fue un obstáculo para celebrar las fiestas de fin de año como las posadas, navidad, la nochebuena, de acuerdo con la posición social de los capitalinos:

Los poderosos de la tierra se agrupan en torno de la mesa para que sus estómagos, plétóricos y bien regalados, sientan el encanto de vivir. Las conservas exquisitas, los pavos al horno, los jamones suntuosos y los quesos son devorados, entre sentados tragos de champagne, a la mayor gloria de Dios.⁴⁸

En cambio, en los hogares pobres, donde la miseria hincó sus garras, acaso faltó en esa rumbosa fiesta el resplandor de una mesa succulenta. Pero a pesar de estos contrastes sociales el pueblo se divertía y festejaba.

El pueblo se divierte en posadas y francachelas. Ambulaba la chiquillería armada de tambores, cucharas y zambombas; vibran las voces juveniles con la gracia antigua de los villancicos.⁴⁹

⁴⁷ "Tarifa de los Derechos de Importación que comenzará a regir el 1o. de noviembre de 1916", en *Boletín de la Secretaría de Hacienda*, México, 31 de octubre de 1916, pp. 11-59.

⁴⁸ "Noche Buena", en *El Sol*, núm. 141, México, 29 de diciembre de 1916, p. 3.

⁴⁹ *El Sol*, Loc. cit.

Así, toda la población, ricos y pobres, se unía para pedir la anhelada paz:

Los habitantes de la capital y de la nación entera han encontrado amparo en el Gobierno del Primer Jefe Militar, el país entero verá, pasados estos días, la incertidumbre y zozobra que ya se van desvaneciendo, cómo a la sombra del Gobierno Constitucionalista se garantizan los derechos del pueblo y pueden desarrollarse las legítimas aspiraciones de los mexicanos. La nueva administración trae entre sus promesas, una, la más ansiada por todos: la paz.⁵⁰

Los juguetes para los pequeños fueron sustituidos por golosinas que se vendían en los puestos instalados en la Alameda. La mayoría de la población metropolitana buscó los entretenimientos de acuerdo con el nivel social al que pertenecía: en los fines de semana mientras que los sectores populares paseaban a pie o en canoa por el Paseo de las Flores en la Viga, la Alameda, o por los canales de Xochimilco. Los acomodados preferían hacerlo en coche. Ocupaban sus tardes en el ruedo de las novilladas y sus mujeres disfrutaban los desfiles de moda, la música, y asistían a la ópera con sus historias de amor. Hacían sus visitas, como lo exigían las reglas de etiqueta y buenos modales, asiste a los bailes y a la iglesia. Todas estas actividades les daban opción de alternar socialmente. Los sectores populares se movían con más fluidez en fandangos, bailes, reuniones y verbenas. Las celebraciones políticas y la ocupación de las diferentes facciones revolucionarias daban a unos y otros ocasión de divertirse.

⁵⁰ Pedro Marroquín, "¡Paz!", en *Novedades*, año III, núm. 23, México, 1914 de agosto, pp. 1-4.

CONSIDERACIONES FINALES

A manera de reflexión final: el Estado, en su afán por ordenar a la sociedad y modelar la conducta de los hombres, normó el uso del tiempo libre. Durante todo el siglo XIX y los primeros años, seguidos, de la Revolución de 1910, se creía que el ocio propiciaba la inmoralidad, mientras que las costumbres, la moral y la vida familiar se verían muy beneficiadas si el individuo pasaba sus horas de descanso en compañía de su esposa e hijos, asistiendo a diversiones sanas o practicando deportes. Así las diversiones públicas quedaron sujetas a la reglamentación estatal. Los legisladores favorecieron como antaño aquellas que consideraron como propias para todo público.

Los capitalinos continuaron por algunos años más viviendo en condiciones de penuria y de zozobra producto de la lucha armada. Pero la obra revolucionaria fue decisiva para la sociedad civil, y en ella aparecieron una serie de costumbres y hábitos que marcaron el nacimiento de una nueva cultura popular.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERRO, Solange (coordinador) *Cultura, ideas y mentalidades*, El Colegio de México, México, 1999. (Historia Mexicana).
- DE LOS REYES, Aurelio, *Cine y sociedad en México 1896-1930. Vivir de sueños*, UNAM, México, 1983.
- , *Los orígenes del cine mexicano (1896-1900)*, SEP, México, 1984. (Lecturas Mexicanas, 61)
- GAMBOA, Federico, *Santa*, Grijalbo, México, 1979.
- GARCÍADIEGO, Javier, "El Estado moderno y la Revolución Mexicana (1910-1920)" en

- Evolución del Estado Mexicano, reestructuración 1910-1940*, t. II., El Caballito, México, 1986.
- FONDO EDITORIAL DE LA PLÁSTICA, José Guadalupe Posada. *Ilustrador de la vida mexicana*, Fondo Editorial de la Plástica, México, 1963.
- HERNÁNDEZ, Vicente Martín, *Arquitectura doméstica en la ciudad de México (1890-1925)*, UNAM, México, 1981.
- KURI, Ariel, *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno 1876 -1912*, UAM-A, México, 1996.
- LEPIDUS, Henry [*Historia del periodismo mexicano*], traducción de Manuel Romero de Terreros. [s.p.i.]
- MAGANA, Antonio, *Los teatros en la ciudad de México*, Departamento del Distrito Federal, México,
- MARTÍNEZ ASSAD, Carlos (coordinador), *Instituciones y ciudad. Ocho estudios históricos sobre la ciudad de México* (col. Sábado Distrito Federal), México, 2000.
- MORSE, R. (coordinador) *Las ciudades latinoamericanas, Desarrollo Histórico*, SEP-Setentas, núm. 2, México, 1993.
- RAMOS, Carmen (coordinador), *Las mujeres de la Revolución Mexicana*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1992.
- REED, John, *México insurgente*, Complejo editorial Mexicano, México, 1973.
- RICCHIA, Giovanna, *Teatros de México*, Banamex, México, 1991.
- UGALDE, Nadia, *Diego Rivera. La estética de un sueño*, Conaculta, México, 2002.
- ULLOA, Bertha, *La Constitución de 1917*, El Colegio de México, México, 1983. (Historia de la Revolución mexicana 1914-1917, núm. 6).
- VALERO Silva, José (coordinador), *Polvos de olvido. Cultura y Revolución*, UAM-A/Conaculta/ INBA, México, 1993.
- VASCONCELOS, José, *Ulises criollo*, México, Ediciones Botas, 1945.
- VERA ESTAÑOL, Jorge, *La Revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, Porrúa, México, 1957.

FUENTES

ARCHIVO HISTÓRICO DEL EX AYUNTAMIENTO, Diversiones Públicas, Distrito Federal, legajo 12, año 1912.

HEMEROGRAFÍA

Artes y Letras
Boletín de la Secretaría de Hacienda
Cosmos
Churubusco
El Heraldo del Hogar
Novedades
El País. Diario Católico
El Sol. Diario Libre
El Monitor Republicano
El mundo Ilustrado

LEYES

Ley Marcial 1915.

TESIS

Guadalupe Ríos de la Torre, *José Guadalupe Posada grabador*, UNAM, México, 1980, Licenciatura en Historia.